

Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 20 junio 2012

Texto de referencia: J. Carrón, «Un maestro a seguir», en «Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí», supl. Huellas-Litterae communionis, n. 6, junio 2012, pp. 13-28.

Negra sombra

Noi non sappiamo chi era

Gloria

Cuanto más difíciles son estos tiempos, mayor importancia cobra el sujeto, la persona, como nos recuerda don Giussani, citado en la primera lección de los Ejercicios. Creo que todos tenemos presente la dificultad de este tiempo, no hace falta que lo expliquemos. La situación en la que nos encontramos es un desafío a nuestra persona; cuanto más dura es la situación, más cuenta la persona, porque es precisamente en este período cuando cada uno de nosotros se da cuenta de si es realmente persona. No una persona ontológicamente hablando, lo cual no se discute, sino una persona con una autoconciencia que le permite no ser derrotada y eliminada, reducida a una pieza del mecanismo de las circunstancias. De hecho, si pasa esto, el “yo” ya no existe. Evidentemente lo que queda es la ontología, porque no nos la podemos quitar, pero estamos a merced de todo. Por eso este es el momento propicio, misteriosamente, para verificar nuestra autoconciencia. Empiezo leyendo un testimonio sobre la cuestión de la crisis: «Quería contarte una circunstancia concreta que ha hecho que naciese dentro de mí un profundo sentimiento de gratitud ante de todo lo que hago. Hace unos días, después de meses de espera, la empresa ha hecho oficial la crisis en lo que al nivel económico se refiere. Se ha visto obligada a reducir el coste del trabajo. La semana que viene nos comunicarán el plan de ahorro que va a adoptar. La noche del encuentro sindical dio la casualidad de que mis cuatro hijos me dijeron, enviándome un sms, que estuviera sereno porque ninguna noticia negativa habría podido tumbarme. No porque no pueda quedarme sin trabajo a los cincuenta y seis años, sino porque (cito el sms de mi hijo de diecinueve años): “la consistencia de tu vida siempre será de Otro, no depende de la circunstancia, del mismo modo que tú nunca dejarás de ser mi padre ni yo tu hijo”. Me impresionó mucho. Mis hijos me estaban recordando lo que pone en la página 18 del cuadernillo de los Ejercicios: en las circunstancias “nos venimos abajo por falta de autoconciencia. Porque ningún poder del mundo podría eliminarnos, [...] toda la energía de nuestra fuerza radica en el reconocimiento sencillo de Aquel a quien pertenecemos, de Aquel que nos hace ahora”. Sinceramente, tengo que admitir que nunca habría podido llegar a percibir la crisis que estoy viviendo en el trabajo desde hace meses como la posibilidad de hacer un camino de conversión. Hasta hace pocos meses, definir la crisis como una gracia para mi vida era una locura. Ahora es como si me diese cuenta por primera vez, después de treinta y siete años en el movimiento, de lo que tú has escrito en la carta a los amigos afectados por el terremoto: que este es el momento de la persona. “Ahora las explicaciones penúltimas no nos valen. [...] ¿Quién soy yo? ¿Soy parte de todo lo que se está destruyendo o soy algo más?”. Realmente es verdad: la expresión “yo soy Tú que me haces” es la expresión última de mi vida». Poco a poco, a medida que vamos recorriendo este camino, nos vamos sorprendiendo de poder estar delante de las circunstancias de un modo que hace poco tiempo nos habría parecido una locura. Ahora podemos entenderlo, ahora empezamos a entenderlo, sobre todo quien ha hecho este camino y quien se compromete con él constantemente. Este es uno de los muchos ejemplos de verificación de este camino que veremos esta noche. Para quien lo ha hecho.

Quería contar una cosa acerca de la conciencia que he adquirido después de los Ejercicios y del encuentro con el Papa en Bresso. Ya antes de los Ejercicios tenía claro que todo lo que estaba sucediendo a nuestro

alrededor no se podía reducir a un juicio político, sino que tenía que vivirlo como un reclamo a mi conversión. En Rimini, como me parecía no ser muy diferente a los demás y desear lo que deseaban todos, me pregunté: entonces, si estar delante de la realidad no es un problema de coherencia, ¿cuál es exactamente la cuestión?

Cuando dices “todo lo que estaba sucediendo a nuestro alrededor”, ¿a qué te refieres?

Todos los problemas con la política. En la última Escuela de comunidad pude identificar dónde estaba la cuestión, y me detengo sólo en dos aspectos. A raíz del encuentro con el Papa, me di cuenta de dos actitudes que justificaba de forma inconsciente. Lo cual me dio mucha alegría. La primera es una insatisfacción y una inquietud enormes, que me parecían buenas porque eran un signo de mi deseo, condición necesaria para reconocer a Cristo. En realidad, me he dado cuenta de que cuando esta insatisfacción y esta inquietud tienen como resultado un hastío en relación conmigo misma, un no aceptarme y una búsqueda de algo distinto fuera del lugar privilegiado en el que me encuentro, que es mi familia y mis hijos, es porque hay algo que no cuadra. Podría manifestarse en un impulso o búsqueda de confirmación en las relaciones, etc. La otra posición que decía está relacionada con la inercia de la que hablabas la última vez. Al principio la identifiqué con una posición pasiva ante las cosas, con no hacer un trabajo. Sin embargo, me he dado cuenta de que también sucede cuando, por ejemplo, uso la razón de forma racionalista, es decir, cuando persigo una condición que me lleva a intentar controlar todos los factores de lo que tengo entre manos, puede que incluso con buena intención. El resultado es un agotamiento que me deja con la moral por los suelos, es como estar en un engranaje que no marcha.

¿En qué reconoces que has sido racionalista? Creo que es importante entenderlo. Te lo pregunto porque no se trata de un problema para expertos en el tema. ¿En qué reconoces que eres racionalista?

Porque quiero que todo cuadre, quiero tener todos factores bajo control, que pueda poseerlos.

¿Y por qué eso no está bien?

Porque no soy yo...

¿Por qué es un error ser racionalista? ¿Solamente porque tenemos que decir algo en contra del racionalismo?

¿Por qué le tenemos manía?

Porque yo no hago la realidad.

Si he entendido bien, dices que estás desmoralizada.

Sí.

¿Te corresponde estar desmoralizada? No, ¡esta es la cuestión! Tenemos que ver lo irracional de ciertas actitudes por el resultado al que nos llevan, porque de este modo podemos ver la naturaleza del error. ¿Entiendes por qué don Giussani insiste tanto en el trabajo sobre el “instrumento del pensamiento”? Porque si usas la razón de forma racionalista encuentras que estás desmoralizada, por mucho que intentes que no sea así. No es que no hagas nada, has dicho que haces muchas cosas, te preocupas por muchas cosas (como Marta en el Evangelio), pero sólo una cosa es necesaria, y no en el sentido “místico” de la palabra, como a menudo nos imaginamos; no, tengo que usar la razón de tal modo que pueda identificar el fundamento de la apariencia de lo que hago, porque de esta manera todo recupera su lugar. No porque tú lo coloques, sino porque encontrando el punto de origen, el significado de todo, las cosas vuelven a ordenarse. No tenemos que lograr un equilibrio en medio de toda la polémica, porque sería imposible.

Antes de nada quiero retomar lo que has dicho al principio, porque para mí estos últimos meses, y sobre todo estos últimos días, han sido la demostración clara de que realmente este es el tiempo de la persona. La pregunta que me urge cada vez más es esta: ¿qué es lo que me permite ser yo mismo, es decir libre, libre de todo, de cualquier cosa que ocurra? Estoy empezando a entender que lo que nos estás diciendo, es decir, esta autoconciencia (quién soy y Quién me hace) no es un problema sentimental o íntimo, sino que es un problema de relación, de algo a lo que estoy unido. Y tú has dicho: es una pertenencia. Esto lo estoy empezando a ver en mi propia piel, estoy empezando a entender quién soy y Quién me hace dentro de una

pertenencia, de un vínculo. Pero en este último período he visto claramente que no todas las relaciones son verdaderas.

¿O sea?

No todas las compañías son verdaderas, y podemos estar en el movimiento sin hacernos compañía de verdad. Cuento dos cosas. Una mañana nos despertamos en Bolonia y por toda la ciudad circulaba una noticia: un político de la ciudad se había suicidado durante la noche. Era un hombre muy popular y muy querido. Yo no sabía quién era, nunca le he conocido, pero este hecho me impresionó mucho. Pensé: no es que este hombre no estuviera acompañado, tenía mucha gente a su alrededor, era querido por todos. Después, pensando en mi vida, me pregunté: yo también estoy en medio de la gente, pero a mí, ¿qué es lo que de verdad me hace compañía? En otras palabras, ¿por qué puedo decir que no estoy solo en la vida? De hecho, el suicidio es el signo de que, al final, estás solo. Me he visto obligado a descubrir esto sobre todo con el terremoto. Donde yo estaba se notó muchísimo, pero no llegó a provocar daños tan graves como en los pueblos cercanos a Módena. Fue un momento de confusión general. Después de haber hablado con varios amigos y miembros de mi familia, me impresionó percibir que por primera vez estábamos todos delante de un hecho que nos hacía literalmente caernos de espaldas, con la sensación de que todo se venía abajo. Delante de este hecho no sabía cómo reaccionar, me sentía con la obligación de dar una respuesta a mis amigos, pero no sabía qué decir. Recuerdo que en ese momento tuve la exigencia de verme con algunas personas. Estábamos allí, desconcertados por lo que había pasado, y yo dije: «Podemos estar juntos, buscarnos, etc. ¿Y después?». En ese momento te llamé para contártelo. Me sorprendió muchísimo lo que me dijiste: «Este hecho os pone a ti y a los demás delante de la pregunta: y tú, ¿quién eres? ¿Puedes decir, por la experiencia que estás haciendo, que no eres parte de todo lo que se está derrumbando?». Si te soy sincero, cuando nos pusiste delante esta pregunta fue el primer momento en el que no me sentí solo. Experimenté una liberación, porque no sé lo que va a pasar, pero esta autoconciencia me está dando paz en este momento. ¡Esta es la compañía que estoy buscando! Aquella que me recuerda quién soy y Quién me hace ser. Y el signo de que una compañía es verdadera, por lo que he vivido en estos últimos días y en estos meses, no es que constantemente se hable de ella, sino que uno, dentro de una comunión, viva esta experiencia de liberación. Este es el signo, y una experiencia como esta te da una energía, una fuerza, una creatividad, incluso una libertad que nunca antes habría podido imaginar, que van mucho más allá de todas las cosas justas o verdaderas que nos podamos decir.

Gracias. Creo que esta intervención nos puede resultar muy útil para darnos cuenta de cuál es el contenido de los Ejercicios, es decir, de qué es la autoconciencia. Las preguntas “quién soy yo” y “cuál es mi verdadera exigencia” no se responden por el hecho de estar juntos. Si no entendemos esto no podemos entender qué quiere decir don Giussani cuando dice que este es el momento de la persona. Y no encontraremos una respuesta que sea adecuada a la exigencia que tenemos. Esto sale a la luz cuando la vida nos desafía, como delante del terremoto. Podemos sentir la urgencia de vernos, de estar juntos, y entonces nace una pregunta que es aún más potente: ¿Y ahora? ¡¿Y ahora?! Un uso racionalista de la razón no puede responder a esta pregunta. ¿Por qué? Porque el problema no es que nosotros no estemos juntos, que no participemos de la realidad que tenemos delante, sino que la marea de las circunstancias nos arrastra. Pero yo, ¿formo parte de lo que se está derrumbando o no? ¿Hay un “yo” o hay solo un panteísmo? ¿Soy solamente una parte del mecanismo de las circunstancias, en este caso de los temblores del terremoto, o de la impotencia general? Es en este momento cuando se entiende que sin responder a esta pregunta no existe el “yo”, ¡no existe el “yo”! Estamos empezando a entender que el “yo” no es un problema sentimental, no depende de abrazarnos entre todos para resolver el drama, sino que vemos si está o no está precisamente a raíz de esta urgencia de encontrar el significado total. Y si no está, no existe el “yo”, no existe el “yo” como autoconciencia, no existe el “yo” como la posibilidad de estar en la realidad. En cambio, cuando en medio de todo esto alguien expresa el significado, uno entiende que es verdad porque le libera, porque sucede algo completamente diferente, algo radicalmente nuevo. ¿En qué cosas se ve? En que ahora soy libre en medio de las

circunstancias (no fuera de la circunstancia, sino en medio de ella). Así lo testimonian muchas personas afectadas por el terremoto: «Este terremoto ha hecho derrumbarse algo más que las paredes. Veo con tristeza que estoy bloqueado delante de todo esto. Lo que ha pasado ha hecho salir a la luz mi fragilidad, toda mi necesidad de apoyar mis pies sobre algo que no tiemble ni se derrumbe. La pregunta que más potentemente está creciendo en mí es: pero, ¿cuál es mi consistencia? ¿Dónde pongo mi esperanza? Me duele ver que al final soy como todo el mundo. En los Ejercicios tú nos has desafiado a partir de nuestra humanidad, incluso en el mensaje que nos escribiste indicas que don Giussani ha dicho que este es el tiempo de la persona. Pero yo tengo miedo, estoy nervioso, y no puedo salir de esto solo». El desafío es a este nivel, pero en cuanto uno toma conciencia de sí mismo mirad lo que sucede: «Dos días después de la sacudida fuerte del terremoto del 29 de mayo entré en casa para lavarme. Me di cuenta de que estaba templando como un flan y empecé a decirme a mí misma: “aunque tiemble la tierra, yo no tiemblo”. Mientras estaba temblando me sorprendió reconocer que lo que estaba diciendo era verdad, pero no porque no siguiese temblando, sino porque lo que estaba diciendo era más verdadero, llegaba más al fondo de la cuestión que mi temblor [“llegaba más al fondo de la cuestión que mi temblor”: por eso si no llegamos a este punto seguimos siendo racionalistas y seguimos bloqueados]. Fue reconocer la evidencia [no es cuestión de energía, no es cuestión de fuerza, no es cuestión de una *performance*, sino que es un problema de sencillez, que reconoce como el ciego de nacimiento el fondo último de la realidad] y, aunque seguía temblando, decidí quedarme allí y lavarme [no es una forma de hablar el decir que uno es diferente, no. Es diferente porque reacciona de un modo nuevo: en vez de huir, “aunque seguía temblando, decidí quedarme allí y lavarme”]. Yo no pertenecía al terremoto, ni aunque me hubiese quedado sepultada por los escombros [tiemblas con el terremoto, pero no eres del terremoto: esto es un “yo”, esto es un “yo” cuya consistencia no consiste en no temblar (porque puede que siga temblando), sino en el hecho de que no es del terremoto]. Y me sorprendí. Si en ese momento que fue tan difícil para mí fue posible que me abriera al Misterio del ser, al “Tú que me hace”, significaba que esto era y es posible en cualquier situación o circunstancia. En ese momento me acordé de las demás personas del pueblo que como yo tenían miedo y estaban preocupadas por el terremoto. Durante los días siguientes al terremoto, cuando el miedo de ver temblar otra vez la tierra era enorme, cuando parecía que no había futuro, me ha acompañado el reconocer que aunque el futuro pueda parecer oscuro, el presente, el ahora, está, y está porque Alguien me lo está dando [esta es la inmediatez de la que hablaba Giussani en la plaza de San Pedro en 1998: reconocer la evidencia de la realidad, esta es la consistencia]. En estos días me estoy dando cuenta de que toda circunstancia, cotidiana o excepcional, es siempre un gran desafío. El Misterio nos llama siempre a que nos abramos a una medida completamente diferente de la nuestra, pero que una vez que la dejamos entrar marca la diferencia, y vivir así es desde luego mucho más interesante». Para que esto suceda es necesario que cada uno de nosotros diga: “yo”, porque si no nos apegamos de esta forma a la evidencia del ser, nos encontramos otra vez esclavos de las circunstancias. Y precisamente porque no nos derrumbamos – ¡aunque no es esta la meta! –, podemos empezar a hacer todo lo que hay que hacer, como explica otra persona también afectada por el terremoto: «He podido verificar otra vez lo que nos decimos siempre cuando hacemos caritativa. Es verdad que hay en nosotros una necesidad evidente de compartir [porque se ha puesto en movimiento para ayudar a los demás], tanto que si esta necesidad se ve sofocada, nuestro “yo” es menos “yo”. La impotencia a la hora de solucionar un problema no elimina esta necesidad, sino que paradójicamente la aumenta y nos remite al misterio del otro, al misterio de nuestro “yo”. La necesidad de totalidad que tienen nuestros amigos es la misma que tengo yo. Si ahora no siento vibrar en mí este deseo no puedo seguir viviendo, y mi vida ya no me parece que sea vida». Por eso esta persona se ha movido delante de la necesidad que había. Pero el único motivo por el que uno puede responder es porque no se ha derrumbado en medio de la confusión general. Y viviendo así se entiende cuál es nuestra tarea, cuál es nuestra utilidad para el mundo en un momento en el que, como decía en el mensaje que dirigí a los amigos afectados por el terremoto, las respuestas penúltimas con las que nos llenamos la boca no nos sirven. «En la zona en la que vivo no ha quedado ni una sola iglesia en un radio de treinta kilómetros, todas han sufrido

daños. Delante de esta situación decía: Jesús, ahora somos nosotros los que te tenemos que hacer presente en el mundo. Lo que se nos pide ahora es mantener la esperanza, de modo que sea evidente para todos que el Señor es más fuerte que el terremoto». Pero esto no lo puede hacer cualquiera, sino sólo quien tiene la consistencia que le permite mantener esta esperanza. Sólo así podremos entender el alcance de nuestra contribución.

Estudio en la universidad. Cuando en noviembre murió nuestro amigo Giovanni, nacieron en mí de forma clara todas las preguntas de las que estás hablando ahora, porque era evidente que si yo ponía mi consistencia en la relación con mis amigos, que al día siguiente podían no estar, me derrumbaba. En seguida me desafió tu posición cuando dijiste que el último gran gesto de amistad que había tenido Giovanni con nosotros era el habernos puesto delante del Misterio. Hace tiempo fui a ver la exposición sobre san Agustín, y me conmovió el episodio de las Confesiones en el que se refiere a la muerte de un amigo al que quería mucho: «Mi alma estaba triste, y me conturbaba tanto, y no sabía qué responderme. Y si yo le decía: “Espera en Dios”, ella no me hacía caso, y con razón, porque más real y mejor era aquel amigo queridísimo que yo había perdido que aquel fantasma en el que se le ordenaba que esperase». Me sorprendía porque para mí no fue así. Yo he podido no perder la esperanza sobre todo porque mis amigos estaban conmigo, y a través de ellos pude ver una mirada indescriptible y preciosa. Cuento una cosa que pasó. Una tarde escuché cómo un amigo mío hablaba de los últimos días antes de la muerte de Giovanni, incluyendo algunos detalles de los cuales no me acordaba. De pronto empecé a sentir un vacío, una tristeza profunda, y quería quitármela de encima porque me molestaba, no podía estar así, tenía que ser feliz. Fue necesaria la presencia de mis amigos, que me desafiaron preguntándome si con su muerte todo se había acabado. Era Jesús que, a través de ellos, me estaba pidiendo que hiciera un trabajo. Después, cuando leí la Escuela de comunidad me volví a conmover, sobre todo cuando dice: «Si yo no hubiese tenido esta compañía, Cristo habría sido, tanto para mí como para ti, una mera palabra objeto de frases teológicas, o bien, en el mejor de los casos, un reclamo a un afecto “pío y digno de lástima”, genérico y confuso, que se concretaba únicamente en el temor a pecar, es decir, en un moralismo». Y luego dice: «Sin embargo, la relación con Cristo, con Dios hecho hombre, coincide con la relación con esas personas que documentan, que testimonian que Cristo está presente, no tanto porque estén presentes físicamente (hay muchas personas que están presentes y que no nos cambian demasiado), sino porque viven una intensidad humana que documenta su presencia hoy. Para testimoniar la presencia de Cristo hoy, a través de esta intensidad, de este cambio, es necesario que Él esté presente». Nunca había tenido una conciencia tan clara de lo que era de verdad este amigo, aunque ya no estuviera físicamente presente. Y eso hace que esté delante de este hecho con un uso completamente nuevo de la razón, porque puedo decir que la amistad con él, por todo lo que me está pasando, continúa y se sigue profundizando, aunque para el resto del mundo se haya acabado.

Gracias. Para el mundo es algo que se ha acabado, y sin embargo la intensidad y la novedad de la que ella ha hecho experiencia permanecen todavía hoy. «¿Cómo podemos hacer este camino?», me preguntan. No quiero terminar sin responder a una pregunta sobre el seguimiento que me ha llegado en dos versiones diferentes. «En la lección del sábado por la mañana de los Ejercicios de la Fraternidad dices, citando a Giussani: “El deseo de recordar a Cristo madura en nosotros mediante una historia, no crece automáticamente, sino que crece siguiendo a alguien, como cualquier otra capacidad”. Después Giussani termina diciendo: “El motivo del seguimiento entre nosotros no es el apego a una persona, sino el seguir a Cristo”. Necesito que aclares mejor este punto, porque es fuente de continuas equivocaciones, porque es fácil caer en el error de una compañía protectora por la cual nos sentimos amados y seguros sin llegar a saber qué es lo que de verdad queremos, a quién amamos, por quién vale la pena vivir». Y otra persona me escribe: «En este último período has hablado a menudo del seguimiento, y me he dado cuenta de que es un punto que no tengo claro, porque de hecho no sabría decir concretamente a quién estoy siguiendo, y en mi experiencia veo que a menudo caigo en la interpretación, voy detrás de lo que me llama la atención. En algunos

momentos estoy entusiasmada, como cuando leíste en los Ejercicios la carta que escribiste a *La Repubblica* o cuando vi al Papa, porque reconozco una unidad, una plenitud de vida que deseo para mí, pero después me pierdo por el camino. Creo que cuando hablas de seguir estás hablando de algo más que una referencia en la que inspirarse, te refieres a un identificarse completamente, como cuando un hijo adquiere sin querer el carácter de su padre, sin llegar a ser una copia de él. Si no consiste en estar juntos a menudo (decías que al Gius no le veías nunca), ¿qué es lo que ha hecho posible para ti una identificación como la que siempre nos testimonias?». Esta identificación consiste en lo que don Giussani nos ha dicho siempre: confrontarnos con todo lo que dice, porque seguir es dejar entrar constantemente la posibilidad de que algo nos cambie a través de un testimonio, a través de la forma de vivir la realidad de alguien que tenemos delante. ¿Cómo puedo saber que estoy siguiendo? ¿Cómo puedo saber si la compañía es de verdad compañía? Durante este tiempo hemos repetido a menudo la famosa frase de don Giussani (desde que la leí no ha habido ni un día en el que no haya tenido que repetírmela a mí mismo o a otra persona): la fe es una experiencia presente, que encuentra la confirmación de su conveniencia humana, de su verdad, en la propia experiencia. Si no es así, no podemos resistir en un mundo donde todo dice lo contrario. ¿Cómo puedo saber si de verdad estoy siguiendo? Puedo saber si estoy siguiendo de verdad por la confirmación de mi experiencia delante de las cosas que suceden. Hoy lo hemos podido ver en los diferentes testimonios que hemos escuchado. ¿En qué cosas se ve si uso bien la razón o no, si la uso de un modo racionalista? En que no me mantengo en pie, en que estoy desmoralizado. ¿Cómo puedo ver si una compañía es verdadera? Porque me libera. ¿Cómo puedo ver que yo no me derrumbo cuando todo lo demás sí lo hace? Porque no huyo, me quedo allí para lavarme, porque «yo no pertenezco al terremoto». Como he dicho muchas veces, no necesitamos un suplemento de certeza que provenga de algo que esté fuera de la experiencia. Sabemos si estamos siguiendo o no por la experiencia que hacemos, con una forma y un tiempo que no decidimos nosotros. Ahora empezamos a ver los signos de un recorrido hecho y que al principio no sabíamos a dónde nos llevaba. Al principio no veíamos los signos de esta conveniencia humana, seguíamos por el simple hecho de que nos lo había propuesto don Giussani. Ahora, en cambio, empezamos a ver en la experiencia los signos que nos permiten reconocer si estamos siguiendo o no. La cuestión entonces es la comparación continua con lo que se nos propone a través de la Escuela de comunidad (el texto y lo que sucede entre nosotros), porque nos permite entender qué significa realmente seguir. Y así nos damos cuenta de lo necesario que es siempre no sólo hacer experiencia, sino también juzgarla con la experiencia a la que se nos reclama siempre, que es el corazón, porque si no, no podemos saber si es verdad o no lo que decimos. ¿Cómo puedo saber si la experiencia que estoy haciendo es verdadera? Porque corresponde a toda mi exigencia de liberación, a toda mi exigencia de paz, a toda mi exigencia de consistencia, a toda mi exigencia de estabilidad. No hace falta que nadie nos explique esta correspondencia, sino que necesitamos hacer experiencia de ella. Y cuando hacemos realmente experiencia es tan fácil verla como lo es ver la luz del día: se impone con toda evidencia. Por eso, si nos pegamos al camino que nos propone don Giussani (no tenemos otra cosa que proponer), siempre podremos comprobar si estamos siguiendo, por la evidencia de lo que sucede.

La pregunta que hago nace de lo que más me ha marcado en este período en el que me he sentido realmente herida, confusa, con una herida que sangraba debido a los hechos más recientes que han puesto a prueba nuestra historia. No me refiero tanto al terremoto o a la crisis económica, ni tampoco a los ataques políticos, sino a lo que ha afectado a los orígenes de nuestra historia, delante de una afrenta tan odiosa. Cuando en los Ejercicios citaste a Giussani cuando hablaba de una sociedad adversa me parecía un poco exagerado. Es verdad que somos una minoría, culturalmente somos una minoría, pero este odio tan gratuito, tan sin sentido, nunca lo había visto. Y ahora, ante esta profunda confusión, me pregunto por qué, y no me refiero a un porqué como explicación analítica de las causas, sino por qué puede suceder algo así.

Te agradezco que lo hayas dicho, porque esto nos permite leer lo que dice don Giussani para ayudarnos a responder. Es un texto del 1972 publicado en Huellas en marzo de 2008: «En la vida de aquellos a los que Él

llama, Dios no permite que suceda cosa alguna si no es para la madurez, para una maduración de los que han sido llamados. Esto vale ante todo para la vida de la persona, pero en última instancia y de forma más profunda para la vida de su Iglesia y, por tanto, análogamente, para la vida de cada comunidad, ya se llame familia o comunidad eclesial, en sentido más amplio. Jamás permite Dios que suceda algo que no sea para nuestra maduración, para que maduremos. Más aún, en esto la fe demuestra su verdad: en la capacidad que cada uno de nosotros y cada realidad eclesial (familia, comunidad, parroquia, Iglesia en general) tienen de valorar como camino de madurez cualquier objeción, persecución o prueba; y en la capacidad de convertir todo esto en instrumento y ocasión de maduración [aquí también pone en evidencia la madurez de nuestra fe: si nos servimos de todo esto, sea lo que sea, sin detenernos en aspectos secundarios que no nos interesan, porque esto es racionalismo puro, es decir, quedarse en la apariencia, lo cual no nos interesa. Como he dicho muchas veces, podemos decir que el Misterio no nos ha ahorrado esto, por lo tanto es para nosotros, para nuestra maduración. Pero esto no sucede de forma automática, depende de la capacidad de usar así las circunstancias, para una relación, para una consistencia mayor, para buscar todavía más a Cristo, para poder vivir cada cosa sin quedarnos en la apariencia]. [...] Es este – podríamos decir – el síntoma de la verdad y autenticidad o no de nuestra fe: si en primer plano está verdaderamente la fe o hay otro tipo de preocupación; si esperamos de verdad todo del hecho de Cristo o, por el contrario, si del hecho de Cristo esperamos lo que decidimos nosotros, haciendo de Él, en última instancia, punto de partida y pretexto para nuestros proyectos y programas. La ley del desarrollo espiritual, esta ley dinámica de la vida de la fe que acabamos de señalar, es de extrema importancia tanto para los individuos como para las colectividades; para las colectividades como para los individuos. En cualquier caso, es verdad que, para el que comprende y ama a Dios, todo coopera para el bien; y es verdad que, en las dificultades, sale a la luz si tú amas a Dios o no. Es el eterno dilema que está en el origen de cualquier pronunciamiento del hombre, de cualquier acto humano, es la alternativa que denuncia la ambigüedad posible en la raíz de cualquier expresión humana. El mundo está sumido en una gran ambigüedad para el espíritu que no es claro. Por encima de todo, el espíritu del hombre sufre la tentación de la ambigüedad. No es casual que Cristo hablara en parábolas, «para que viendo no vean y oyendo no entiendan». Y el mundo entero es como una gran parábola: demuestra a Dios del mismo modo que una parábola demuestra el valor al que remite, y «el que tenga oídos para oír, que oiga». Frente a la parábola se pone de manifiesto el pensamiento secreto del corazón. Ante el interrogante, el problema, la pregunta o la dificultad sale a la luz aquello que el hombre ama. [...] Ante el obstáculo, se pone de manifiesto aquello que quieres. Se ve si deseas a Cristo, si Le afirmas a Él o te afirmas a ti mismo». Por eso esta circunstancia que no se nos ahorra se puede convertir en parte de nuestro camino, de nuestra maduración, para ser cada vez más dignos de hacer presente a Cristo, más purificados por eso que por cualquier otra cosa, en vez de poner nuestra seguridad en las cosas que hacemos, como dice don Giussani en una frase que se queda grabada por la belleza de lo que expresa: «El cristiano no está apegado a nada, mas que a Jesús». Deseo que en esta circunstancia pueda crecer en nosotros una certeza como esta. Nos pueden quitar todo, pero nadie nos podrá quitar de encima el hecho de que no estamos apegados a nada, mas que a Jesús.

Vacaciones de verano. El título que queremos poner a las vacaciones, como acabamos de ver y como estamos repitiendo en este tiempo, que me parece el más adecuado, es: «El tiempo de la persona». Creo que nunca había sido tan pertinente como ahora.

Todo el trabajo, desde la Escuela de comunidad hasta los libros para el verano, será una ayuda.

Por lo tanto, sugerimos retomar la segunda lección de los Ejercicios de la Fraternidad que está relacionada con el quinto capítulo del texto *Los orígenes de la pretensión cristiana*.

Entre los libros que indicamos para el verano señalamos de forma particular *Asesinato en la catedral*, de T. S. Eliot, porque está relacionado con el trabajo de la Escuela de comunidad y con el recorrido que hemos

hecho. Subrayamos sobre todo no tanto la heroicidad de la persona (no queremos desviar la atención hacia la heroicidad del personaje) sino el testimonio de un hombre libre frente al poder y el recorrido que es necesario hacer para ser capaz de “sostenerse” incluso en una circunstancia no deseable como la del martirio, que es algo que nadie busca ni debe buscar. Nos interesa entender que, dada nuestra fragilidad e inconsistencia, esta libertad podemos verla sólo en sueños si no estamos dispuestos a hacer este recorrido. Por eso no nos interesa la heroicidad del protagonista, porque no es heroicidad, sino el resultado de una pertenencia que es más fuerte que cualquier otra cosa.

Toda la segunda lección de los Ejercicios describe el camino de certeza que es necesario hacer para que se genere un sujeto que testimonie qué quiere decir ser cristianos en una sociedad como la nuestra. Por eso la Escuela de comunidad y el trabajo sobre los Ejercicios indican el camino que hay que recorrer, también y sobre todo durante el verano, que es por definición el tiempo libre, el momento en el que podemos hacer lo que queramos, podemos decidir cómo usar el tiempo. Cuando tenemos libertad para decidir cómo usar nuestro tiempo tenemos la posibilidad de verificar en qué cosas empleamos nuestro tiempo y nuestra energía. El segundo libro es *El milagro de la hospitalidad*. Este libro de don Giussani, que ha sido reeditado recientemente, recoge las conversaciones que tuvo con la Asociación Familias para la Acogida. Es útil para todos leerlo, porque nos permite ver que la hospitalidad es un testimonio de la naturaleza del cristiano. Comunica la plenitud sobre la que se apoya la vida.

Urgencia Terremoto en Emilia y Lombardía. Muchos amigos nos preguntan cómo pueden ayudar a las personas afectadas por el terremoto. En la página web de la Compañía de las Obras se ha publicado un espacio actualizado con la lista de las cosas más urgentes y con la información para la recaudación de fondos. En particular, la CdO en Emilia puede poner directamente en contacto a las personas que tienen tiendas de campaña o roulottes y las familias que lo necesitan.

Veni Sancte Spiritus

¡Buen verano a todos!